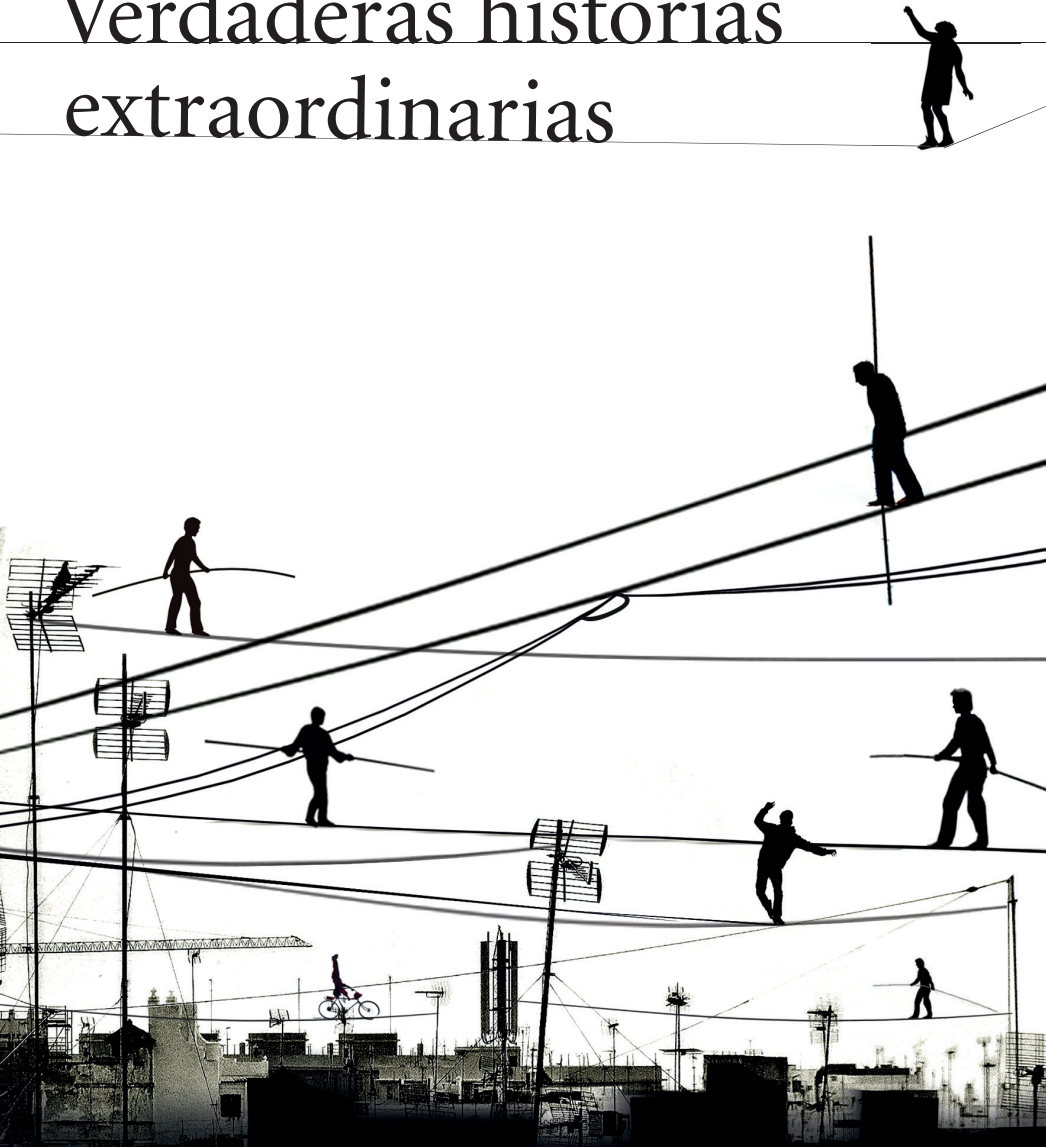


Seix Barral Biblioteca Breve



Adolfo García Ortega

Verdaderas historias
extraordinarias





Seix Barral Biblioteca Breve

Adolfo García Ortega
Verdaderas historias
extraordinarias

Cuentos reunidos

TOULOUSE

En Toulouse nació Gardel. La polémica controvertida sobre su origen quiere situarlo en Montevideo, pero al mito oscuro de su vida le favorece el maquillaje de unos inicios franceses. Fue allá por el 1890 cuando una planchadora, Berthe Gardés, engatusada por un desconocido —parece que los dioses no necesitan padre—, da a luz en condiciones pongamos que humildes a un varón que habría de ceñir el cetro de «la Voz» por excelencia (así como Cristo fue «el Verbo», solo que María no era planchadora ni visitó, que se sepa, la Argentina), y otros cetros gangsteriles no sabidos, ante los cuales la imprudencia de la duda no es malsana. He aquí cómo Toulouse, la antigua ciudad ocre, plácida y dulce, surgida en una hermosa curva de un mágico río, el Garona, y medieval cabeza de Occitania, será testigo de los primeros años de Carlitos Gardel, el mejor tanguista vivo. Claro que solo lo será por tres años, pues en 1893 la infeliz planchadora (imaginensela con el cesto de ropa almidonada cruzar la rue Pargaminières de un patio a otro) decide emprender nueva vida en nuevos rumbos, aunque estos sean en la prometedor América de Buenos Aires. Allí, unos años después, a Gardel lo van a llamar «el Morocho» y la cercanía al filo de las navajas y al olor acre de un revólver disparado no le será muy ajena. Pero cuando Berthe Gardés, ya en el barco, con un niño de tres años de la mano, mire hacia atrás y

encuentre el amor frustrado, la vida hecha un sinsabor y una ciudad rojiza que no va a volver a ver, nada impondrá en el aire un augurio que presuma que aquel viaje no lo dicta tanto el hambre (o la vergüenza, su señuelo) como el destino. Porque el destino jamás traerá de nuevo a Gardel a Toulouse, ni siquiera en un recuerdo inexistente. El precio para Berthe Gardés será la oscuridad, como para otras muchachas francesas que luego se incorporarían a la vida convertidas en letras de tango:

*Francesita,
que trajiste, pizpireta,
sentimental y coqueta,
la poesía del quartier,
¿quién diría
que tu poema de griseta,
solo una estrofa tendría:
la silenciosa agonía
de Margarita Gauthier?*

Es el precio que Toulouse-Lautrec supo ver muy bien al escribir a un amigo en una carta lo que había de esperar a Mireille, otra francesa que por el mismo entonces que Berthe se embarca también hacia la Argentina: «Mireille se va a la Argentina. Unos comerciantes de carnes la han convencido de que allá hará fortuna. Traté de disuadirla, pero ella cree firmemente en todas esas falsas promesas. De todas las que parten en esas condiciones, ninguna vuelve. Al cabo de dos años están reventadas.» Si este sería el futuro que esperó a Berthe al pisar suelo americano, tal vez no se sepa nunca y signifique con su bruma el pasado tachado de la vida de Gardel. Quizá por ello —cabe esta esperanza escéptica— en algún instante de algún día, ella, la oscura Berthe, añorara Toulouse. O quizá la odiase más. Toulouse, para los biógrafos del ídolo, solo aparece en el comienzo y bajo la forma de una conjetura, como el resto.

Otro cielo había en Toulouse, sin embargo, hacia un año inconcreto del siglo XIII, muy probablemente hacia 1285. En torno a esa fecha, Guido Cavalcanti, el «*primo de' miei amici*» que dijera Dante en su *Vita Nuova*, está en Toulouse. No sabemos si de camino a Compostela, en peregrinación, o de regreso. Si bien es cierto que no llegó a ir jamás a Compostela; su enemigo Corso Donati, güelfo, había urdido un plan para asesinarlo en el trayecto, cosa que no logró pero truncó la devoción de Cavalcanti. Pasea a caballo, bajo unos árboles poblados, por el muelle del Garona. Es la mañana, hora incierta, y la luz transparente de Toulouse, todavía con el *sfumato* invisible que abraza los recodos del río como crema, enmarca de dorado el rojo telón de sus calles. Entonces ve a Mandetta, joven y bella tolosana, salir de la iglesia de la Daurade. Será un destello para el alma de Guido, una evocación nacarada del Amor renacentista. Así figura en su Rima XXX:

*Una giovane donna di Tolosa,
bell' e gentil, d'onesta leggiadria,
tant'è diritta e simigliante cosa,
ne' suoi dolci occhi, de la donna mia,*

*che fatt' ha dentro al cor disiderosa
l'anima in guisa che da lui si svia
e vanne a lei, ma tant' è paurosa
che no le dice di qual donna sia.*

Permanece este rincón en Toulouse, frente a la Daurade, como estos versos: en una quieta belleza para quien lo encuentra. Al fondo, el paseante contempla el Hôtel-Dieu y ve discutir el río con la delectación de una imagen fugaz del Amor, la imagen de todas las Mandettas que atraviesan la mirada de súbito y se detienen siempre al otro borde de lo imposible.

¿Conocía Cernuda estos versos aquel otoño de 1928? Es posible, si los leyera en la versión original, ya que no había traducciones en castellano. En todo caso, es difícil imaginarse

a Luis Cernuda paseando por el Quai de la Daurade a la búsqueda en su callejuela de la efímera visión del Amor de un caballero. Aquel año, otras sombras cubrían el destino del gran poeta. En julio ha muerto su madre y él, que odia Sevilla, su «ciudad nativa», siente al fin la imperiosa libertad de huir. Gracias a Salinas, tantas veces comprensivo amigo en mitad del amargo trato cernudiano, consigue un lectorado en la École Normale de Toulouse, adonde llega el 11 de noviembre. Su estancia allí se prolongará hasta junio de 1929, y no hay muchos datos que presupongan una muy profunda huella de la ciudad a su paso. «Toulouse —escribirá en *Historial de un libro*— era, como creo que es toda provincia francesa, una ciudad con cosas agradables y cosas sórdidas, y pronto encontré algunos rincones donde no me hallaba a disgusto.» El encanto de Toulouse reside, justamente, en esos «algunos rincones». El de la rue Montouliou, cercano al Jardin Royal, o el de la rue Suau, ambos con viejos cafetines y un deje de sordidez en sus paredes. O los cafés decimonónicos de la Place Capito-le. Podemos incluso ver a Cernuda salir de un cine de la rue St-Bernard fascinado por uno de los rótulos de la película muda: «los caminos de hierro tienen nombres de pájaro»; o escuchar «aires de jazz» en primavera, aún con leves lluvias tras los cristales, en el Quai de Tunis frente al Garona. ¿Será este río femenino la presencia constante que inspirara buena parte de *Un río, un amor*, libro comenzado allí y concluido en Madrid a finales del 29? Nada de estos poemas nos habla de Toulouse, y sin embargo, cuánto cabe en ellos ese oscuro dolor trenzado por todos los rincones de esta ciudad amiga y cómplice, callada como una consejera serena de la pasión:

*Ante las puertas bien cerradas,
sobre un río de olvido, va la canción antigua.
Una luz lejos piensa
como a través de un cielo.
Todos acaso duermen,
mientras él lleva su destino a solas.*

LOS SIGLOS DE LA INFANCIA

¿Cuántos siglos caben en las horas de un niño?

LUIS CERNUDA

Como Leiris, tú también puedes hablar de una «metafísica de la infancia». No lo harás como él, en quien lo primero dibujado en su sensibilidad fue la muerte, por aquellas visitas con su madre al cementerio Père-Lachaise o por los cromos ilustrados de un hechizo naturalista para describir la escena suicida de un rajá y sus muchas esposas. Tampoco tendrá, como en Leiris, tu infancia la presentida madurez que los colores ponen a las cosas, creando así una gama hacia lo decrepito y finito mediante la degradación de los más vivos a los más tenues, de los puros y nuevos a los mezclados e imprecisos. Tu infancia es para ti una metáfora de la quietud, y si regresas a ella con nostalgia, no es para añorar la traslación a sucesos ni a estados físicos (a veces solo queda en tu memoria extasiada un sabor de boca hecho de imágenes, de atisbos, de indicios, de oscuridades y sensaciones caóticas, desgranadas y opacas, inaprensibles y lejanas), sino para desoír la llamada hacia las postrimerías, detener el tiempo y anhelar aquella dilación de sus horas.

«Ese caos que es la primera etapa de la vida, ese estado irremplazable en el que, como en los tiempos míticos, todas las cosas están aún mal diferenciadas, en el que no habiénd-

dose aún consumado la ruptura del micro y del macrocosmos, uno está sumergido en un universo fluido parecido al seno de lo absoluto», escribe Leiris y tú lo secundas fielmente, porque alguien —un camión de mudanzas, unos hombres que no conoces— te ha traído unos muebles —dos sillones, una radio vieja, una vitrina— que pertenecen al pasado, a tu pasado primero, y llegan de una casa deshecha, te corresponden proporcionalmente de un reparto, son ahora tuyos como antes solo eran de una bruma de mitos que habías podido asimilar a los sueños, son tu propiedad por si no te bastara creerlos seguros en el magma perdido que te construyó, cuando el horror de la vida y el éxtasis de la vida se unían, como dice Baudelaire, en un sentimiento contradictorio.

Los muebles están ahí y los contemplas. Como dicen los franceses, *«tu les connais par cœur»*, te los sabes de memoria, y piensas que es muy afortunada y exacta esa fórmula. «Conoces por el corazón», «recuerdas», que recordar procede también de «corazón» y es hacer doblemente intensa su función anímica. Ante el decurso de tu experiencia, ante el abultado llenarse de los años, aparecen ahora estos rastros emotivos de cuando nada recubría el poso de las cosas ni era imaginable —¡qué gran estupidez cruel de la vida sería que pudiera imaginarse!— la pertinaz tristeza dueña del alma adulta. La infancia no es un paraíso. Esa cualidad puedes atribuírsela hoy, cuando meditas. En cambio, es para ti la patria de los mitos y de las sensaciones que te han acompañado por siempre. Todo estaba allí, solo que detenido. Metáfora —ahora que reflexionas— de lo inmóvil, de lo enorme paralizado, desde entonces no ha cabido más que veloz muda, metamorfosis de la luz en miedo y de la longitud en soledad. No, no añoras volver, pero persiste el deseo de reiniciarlo todo, de recurrir a lo previo, a lo posible, a lo inexperto.

Porque así es. Las atmósferas que no te nombras, el desconocimiento que te hacía ingenuo, la ineptitud para medir el tiempo y la experiencia, su sombra, que te apartaba del «mal melancólico», fueron trozos que desde hoy explican

hacia delante y hacia atrás tu vida, tal vez por no existir en ellos la muerte o verla como su huella, del lado de los vivos, igual que en ese cuento de Joyce que tanto te impresionó («Las hermanas», en *Dublineses*). También para ti, lo mismo que le sucedió a Leiris, el infinito fue una caja de cacao de Holanda, el alma un bizcocho atravesado por una aguja, y lo sobrenatural una chimenea. Miras los muebles, han regresado. Pero tú no, tú ya solo sabes de memoria otra cosa (en tu corazón igualmente, no lo olvides, porque te han salvado tantos versos...) que ha caído de tus labios al cerrar la puerta, tras el adiós a los desconocidos hombres del camión de mudanzas. Otra cosa que ya escribió Quevedo en su Salmo XIX:

¡Cómo de entre mis manos te resbalas!
¡Oh, cómo te deslizas, edad mía!

EL DESENTERRADOR

La desmesura del amor romántico sacudió con más que notable pasión al coronel D. José Cadalso y Vázquez de Andrade cuando solo era capitán, y precisamente en medio de la circunstancia amarga de ser secretario del Consejo de Guerra contra el coronel Sensi, a quien compadecía por su evaporada suerte. La historia de su amor enloquecido muy presumiblemente será falsa, no hay duda a tenor de los estudios, pero tampoco hay pruebas veraces de que lo sea, con lo cual forma parte de la leyenda y por ello puede narrarse en la frontera de lo fantástico. Una leyenda, además, nacida del impudoroso esfuerzo de una mentira lanzada bajo el aspecto de carta íntima y verdadera, que hoy, con o sin razones de peso, viene a certificarse como una patraña digna de mentes fascinadas por el propio grosor de lo imposible.

La carta en cuestión posee algunos misterios. Por ejemplo, han destrozado los sesos de más de un erudito las oscuras iniciales que la rubrican: «M. Ag.» Lleva por título (no deja de admirarnos este procedimiento tan dieciochesco de titular las cartas, aunque estas no excedan su intención privada, para consuelo o desvelo de ásperas verdades) *Carta de un amigo de Cadalso sobre la exhumación clandestina del cadáver de la actriz María Ignacia Ibáñez*, y suele fecharse en torno a 1790, ocho años después de la muerte de Cadalso. El destinatario adolece de la misma oscuridad que el remitente: solo se de-

signa con «Agº. Dn. Ca.». La ciencia detectivesca de quien se empapela en vida saboreando el polvo de las bibliotecas y de sus caricaturas, los archivos, ha llegado, con un mínimo riesgo de imprecisión, a dilucidar este juego, siempre provocador, de las iniciales jeroglíficas. Quien la envía será, así, un tal Manuel de Aguirre, cuyo pseudónimo «El Militar Ingenuo» (¡apelativo que solo se concibe en la blanda bondad del XVIII!) figuraba al pie de algunos artículos aparecidos en el *Correo de Madrid*, donde por vez primera, y evidentemente póstumas, se publicaron las *Noches lúgubres*, obra de Cadalso que habría de dar origen a todo el enmarañado asunto de sus amores. Quien la recibe será, por consiguiente, Manuel Casal y Aguado, editor del citado periódico. Esta claridad erudita siempre satisface y encierra una peliaguda relación entre el racionalismo y la idiotez que puede espantar a más de uno.

Pero volviendo al asunto de la carta, esta viene a narrar unos hechos que guardan un paralelo con el argumento de las *Noches lúgubres*. Antes de referirlos, detengámonos en tan singular obra: un personaje, Tediato, símbolo del prerromántico ilustrado, contrata a un enterrador, Lorenzo, para exhumar un cadáver —es fácil deducir que se trata del de su amada—. Por diversas razones, llevará a cabo su empresa a lo largo de tres noches, viéndose frustrado su intento en las tres, si bien en la última queda la consumación en suspenso, encubriendo la frase final un sentido más hondo, menos anecdótico, al presuponerse que tras las distintas disquisiciones sobre la vida y el mundo, ambos hombres, hermanados, se dirigen a su destino: «Andemos, amigo, andemos.»

Los hechos de la carta, o habría que decir de la leyenda, quieren encontrar mediante lo disparatado —¿con qué intenciones?— una mera transcripción biográfica en las *Noches lúgubres*. No hay tal y sí la hay. El mismo Cadalso, pese a escribirlas como una obra «ideológica» que expresara su pensamiento merced a un suceso sentimental, confesó a su íntimo amigo Meléndez Valdés que en ella había que distinguir «la parte verdadera, la de adorno y la de ficción». E igual-

mente es cierto que Tediato es Cadalso, que la exaltación melancólica y macabra proviene de la reciente muerte de su amada, y que algunos editores, muchos años después, subtitularon el libro como «Historia de los amores del coronel D. José Cadalso, escritos por él mismo».

La historia hay que situarla al término de las guerras contra Portugal. Cadalso, por ese entonces, tiene a su mando una compañía de caballería en el regimiento de Borbón. Es, como se sabe, capitán. Bajo los auspicios del conde de Aranda, del que es protegido, se le encomienda un destino en la Corte madrileña: la citada secretaría del Consejo de Guerra contra el coronel Sensi. Llega a Madrid en febrero de 1770, ciudad de la que había sido desterrado dos años antes por causa de un libelo escrito para el carnaval de 1768. El Consejo de Guerra será largo y laborioso, tanto como para que Cadalso sienta simpatía hacia el detenido y se debata en un fastidio anímico a sumar al ya «fastidio universal» que como poeta llevaba en la sangre.

Al poco de volver a pasear su atractiva figura y su ingenio por los salones cortesanos, Cadalso se encandila arrebatadoramente, con la pasión de un amor prendido de súbito, por «la señorita Ibáñez», cómica del teatro de la Corte. Cuando se conocieron, él contaba veintiocho años y ella veinticuatro. María Ignacia Ibáñez, joven hermosa y actriz solicitada, había venido de Cádiz, al igual que Cadalso, y puede que esta coincidencia, unida a lo incomprensible de los flechazos, favoreciera la unión entre ambos amantes. Con todo, el amor encendido de Cadalso no gozaba de la ceguera propia de aquellos tiempos, en los que por la blandura del cotarro cortesano todos los amores eran ocasionales, fugaces, rodeados de la frívola inanidad de los salones. Cadalso había regresado del exilio con un sentido más profundo de las cosas, había madurado en él una especie de amurallamiento que lo separara de la habitual infidelidad y de la absurda inmoralidad del Madrid galante.

Cadalso amaba de un modo un tanto extraño para lo que

se cocinaba en aquellos hornos de placer que eran las fiestas palaciegas. Sin embargo, la única referencia que de ella hace Cadalso es bastante somera, aunque justa en su intensidad. Se encuentra en las *Apuntaciones autobiográficas* y habla de «la famosa cómica Ignacia Ibáñez, la mujer del mayor talento que yo he conocido y que tuvo la extravagancia de enamorarse de mí, cuando yo me hallaba desnudo, pobre y desgraciado». El resto de las alusiones a su persona están envueltas de la denominación poética, como corresponde a la retórica del XVIII, bajo el nombre significativo de «Filis». En algunas cartas y sobre todo en un relativamente amplio número de poemas (ya que Cadalso escribió pocos poemas), Filis es tema central.

Fue correspondido, un poco por sus encantos y otro poco por su dinero. Este capítulo de la historia merece un trato apropiado. Por una parte, el amor de Cadalso, suponemos que férreamente auténtico y fiel, no careció de la misma autenticidad ni de la misma entrega por lo que tocaba a María Ignacia. Joven y bella, era pretendida por hombres de posición y dinero, incluido el mismísimo mentor de Cadalso, el conde de Aranda, que andaba detrás de ella con igual pecaminosidad que los demás. Y a pesar de verse abrumada por tentadoras ofertas, más pecuniarias que enamoradizas, la Ibáñez, con «un entusiasmo impropio de su estado, y singular en estos tiempos», se mantuvo fiel a Cadalso de una manera constante y ejemplar, aunque este fuera pobre.

Pero Cadalso no había sido pobre siempre, ni mucho menos. Pertenece a una familia de la aristocracia comercial de Cádiz, una de esas familias vascas que dotaron de fortuna a la ciudad con sus negocios. Había viajado por toda Europa, privilegio de clase adinerada, no hay duda, y finalmente había heredado una cantidad nada desdeñable. Si bien, su famosa herencia fue dilapidada entre los años 1768 y 1771, siendo en 1773 cuando definitivamente Cadalso es un hombre «sin rentas». La mayor parte de su dote se transforma en nada justo a raíz de conocer a María Ignacia. Con ella gasta a mansalva, pierde dinero con gran velocidad, y llega a una

«harta estrechez» económica. El resultado de esta depauperación va a tener en Cadalso el tinte amargo de los celos. No creará en la fidelidad de la Ibáñez, sospechará una y otra vez del juramento que ella le hizo de ser siempre suya, y aunque con la misma rapidez con que le atribuye amoríos injustificados vaya él a hacerse perdonar y a sorprenderse de su mucho amor hacia un pobre, Cadalso, digamos, siempre estuvo con la mosca tras la oreja. Claro es que sus celos no tenían base sólida, porque María Ignacia Ibáñez poseía un amor igualmente extraño en esa época, hecho de la misma sustancia que el de su amado: un amor absoluto.

Escribió para ella como primera actriz varias comedias, de las cuales solo se representó una, *Don Sancho García, conde de Castilla*, estrenada el 21 de enero de 1771, que duró apenas cinco días en cartel. El dinero también se iba por ahí, lógicamente, aumentando esa fiebre celosa que a la postre sería el caldo de muchas sesiones íntimas, con reproches que, pese a desconocerse si fueron o no violentos, sí llegaron a desahogarse en la poesía:

*celebro de mi Filis la belleza,
y temiendo del hado los vaivenes
canto su amor y lloro sus desdenes.*

.
*No más entre los dos un albedrío:
tuyo mi corazón, el tuyo mío.*

La denuncia del dinero y su relación mercenaria con el amor aparece en boca del Tediato de *Noches lúgubres* como un suspiro triste referido a la propia unión, asombrada, de Cadalso con la Ibáñez: «¡Ay, dinero, lo que puedes! Un pecho solo se te ha resistido... Ya no existe... Ya tu dominio es absoluto... Ya no existe el solo pecho que se te ha resistido.» Ese pecho, para qué dudar, es el de Filis ya cadáver, y esa voz, la de un Cadalso al final cerciorado de que su amada depositó en él una pasión tal vez aún más hermosa que la suya.

Enamorado, prendado, obcecado, quiso casarse con ella. «Mal asunto» debieron de decir todos a una sus amigos los Iriarte, Meléndez, Moratín y el propio Aranda. Había que convencerlo de tamaña locura, de tan mal paso, no solo en su carrera —poco próspera, es verdad— sino también en su posición. Aunque era pobre, era pobre con herencia fulminada, lo cual siempre añade a toda condición un plus de honra encumbrante que hay que mantener por encima de todo. Téngase en cuenta que por aquella época (y hoy todavía, si se me permite, con perdón) las actrices eran consideradas mujeres de baja raigambre, e incluso mujeres perdidas, válidas solo para amantes o meretrices, pero jamás de los jamases para esposas y, consecuentemente, madres. No se olvide, como curiosidad, que en 1931 casi todas las prostitutas de alto pago figuraban con profesión «actriz» en los papeles oficiales que no fueran jurídicos. Así, la hipocresía social, reglamentada siempre, se interpuso entre Cadalso y María Ignacia, con intervención directa y zanjante del conde Aranda, que en realidad solo pintaba en la historia como pretendiente desechado. ¡Ah, el poder!

La Ibáñez cayó en cama de resultas de un resfriado.

*Si el cielo está sin luces,
el campo está sin flores,
los pájaros no cantan,
los arroyos no corren,
no saltan los corderos,
no bailan los pastores,
los troncos no dan frutos,
los ecos no responden...
es que enfermó mi Filis
y está suspenso el orbe.*

Se la curó mal. Tuvo complicaciones y al tercer día de enfermedad, justamente el 21 de abril de 1771, un año después de conocerla, María Ignacia expiró «en los brazos de su

amante». ¡Cómo no suponer a Cadalso enloquecido! ¡Cómo no imaginarlo capaz de una maquinación hermosa, macabra, horrenda, como era urdir el rapto del cuerpo amado! ¿Acaso aquella mujer no había dado un amor que levantaba envidias a un hombre de frecuente abatimiento, depresivo en su miseria, dulce en su sensibilidad, y no se lo había manifestado con un vehemente cariño?

Tras su muerte acaeció lo que es motivo de leyenda. Estos sucesos: Cadalso pasaba el día entero sobre la losa de su amada. Todo su día, ausente de sí, dado al quebranto de ser «el único viviente a quien los rayos del sol no consuelan», transcurría abrazado a la tenebrosa lápida de la iglesia de San Sebastián, donde yacían los restos de la Ibáñez. Salvo «las horas que le precisaban los sacristanes a salir del templo». Se apoderó de él un estado de melancolía suprema. No comía. Empeñado hasta el cuello, naufragaba en la miseria, tanto de desidia hacia su atuendo y formas, como de esa desidia de alma apenada, agonizante, que aguarda la piedad ajena vestida de traición, noche y cuchillo; vestida, en fin, de amable muerte.

*Muerta Filis, el orbe nada espera
sino niebla espantosa, noche helada,
sombras y sustos, como el pecho mío.*

Presa de su dolor, colmó todo lo racional al querer desenterrar a su amada María Ignacia. Procedió en una primera noche tal y como describen sus *Noches lúgubres*. Llegose al lugar donde en las iglesias entierran a los muertos (no existían aún los cementerios, invento por ley sanitaria del siglo XIX), y esperó la llegada de un enterrador pagado a tal efecto. Cuando al fin vino este, en hablar y tardar se fue el posible tiempo y ante el temor de ser sorprendidos, desistieron hasta la noche siguiente. En ella, vuelve a ocurrir —siempre según la falsa carta que nos guía en la historia ahora narrada— lo relatado en la noche segunda de su libro, con una salvedad: el episodio en que se achaca a Tediato un crimen por malinterpretar-

se la presencia a sus pies de un hombre asesinado, previamente atacado por bandidos y muerto cuando el infeliz Tediato acudía en su ayuda alertado por los gritos de auxilio, no acabó con su arresto en la cárcel, sino que el error de la justicia se solventó allí mismo, dada la graduación de Cadalso.

En una tercera noche, Cadalso lo intentó de nuevo. Pero esta vez el fracaso se debió a que ni siquiera pudo entrar en la iglesia, pues se hallaba custodiada por espías del conde de Aranda, quien, avisado del tema en que se encontraba su protegido amigo, dispuso la conveniente disuasión ante los portales del templo.

Finalmente, en una cuarta noche de morbosa insistencia, fue sacado a la fuerza de la ya citada iglesia de San Sebastián, «teatro de estos hechos», por los hombres de Aranda. El sepulturero que Cadalso compró para llevar a cabo sus fines de exhumar a María Ignacia y suicidarse luego con ella en una ceremonia íntima y necrófila, fue conducido a la cárcel sin más miramientos. Se supo más tarde que, al igual que sucede con el Lorenzo de *Noches lúgubres*, era socorrido junto con su familia por el señor que le pedía tan blasfema labor.

La iglesia de San Sebastián, situada actualmente entre las calles Atocha y Huertas, no guarda entre sus altares los restos de María Ignacia. En realidad, no guarda ya ningún resto. Todos fueron cayendo, con los años, en el anonimato polvoriento de las fosas comunes. Posiblemente se hallen, convertidos en la más terrorífica nada, bajo el pavimento de lo que hoy es una floristería, y curiosamente mezclados con el mismo vacío de los de Lope de Vega, vecino póstumo de idéntica plaza. Toda esta historia, ya se ha dicho, es falsa, pero solo en parte. Cadalso no quiso desenterrar a María Ignacia. La ficción nació de un misterioso remitente y fue enviada a un misterioso destinatario. Pero no podría nadie aducir que la mentira no es satisfactoriamente bella. Aunque hable de la muerte. ¿O será por eso?